

La calle para el viernes 15 de agosto de 2008
Diario de un espectador
Casos de la vida real
por miguel ángel granados chapa

La tentación de hacer un chiste (malo, por añadidura) relacionando el nombre de Óskar Schindler con el de las estatuillas con las que Hollywood premia lo mejor de su cinematografía nos llevó ayer a privar de dos de esos galardones a La lista de Schindler, que ganó siete y no cinco como dijimos: a la mejor película, mejor director, mejor guión adaptado (ya dijimos que se basó en la novela El arca de Schindler), mejor banda sonora, mejor montaje, mejor dirección escénica y mejor fotografía.

Las actrices y los actores que participaron en la cinta extrañamente quedaron fuera de la repartición de premios de 1993, siendo que la calidad de sus personajes hubiera ameritado reconocimiento. Por ejemplo la sirvienta del brutal jefe militar vive escenas de gran dramatismo. La más intensa ocurre cuando Amon Goeth, el sicópata que la escogió para atender su casa en el campo de concentración la visita en la noche, cuando ella se dispone a dormir y viste sólo un fondo (una prenda íntima que seguramente desconocen las nuevas generaciones, porque ha prácticamente desaparecido de los surtidos de lencería) que revela su escuálido cuerpo. El verdugo nazi vive frente a ella la gran contradicción de los racistas, especialmente los alemanes: desea el cuerpo de la mujer, quizá se ha enamorado de ella, pero al mismo tiempo su ideología la hace aborrecerla, despreciarla como si las judías no fueran mujeres normales, dignas de amor. El cacique del campo se aproxima a ella, pretendiendo acariciarla y ella se mantiene rígida, la angustia brotándole por cada poro, en temerosa espera de un acercamiento carnal que ella odiaría y que finalmente se resuelve en una golpiza como las que menudeaban en esa torcida relación.

Hay quienes dicen que no se explican la pasividad judía en los guetos o en los campos a los que fueron arrojados por los nazis. La lista de Schindler enseña algunos de los mecanismos de intimidación paralizante practicados por los verdugos alemanes. El solo hecho de que, sin venir al caso, en un simple arrebato de malhumor o por pura diversión fueran segadas las vidas de prisioneros, por Amon Goeth o por cualquiera de sus dependientes, explica la parálisis de los apresados, como la sufriríamos cualquiera de nosotros expuesto a un régimen de terror cotidiano, padecido minuto a minuto.

Schindler dio dinero a Goeth para que sus trabajadores viajaran con él a Checoslovaquia y no fueran llevados a la muerte en Auschwitz. Pagó mucho dinero al jefe nazi, y luego entregó unas joyas a otro igualmente corrupto para que permitiera a los vagones repletos de mujeres (que llegaron dizque por error al campo de exterminio) volver atrás para que se cumpliera el pacto de Goeth y Schindler.

Tampoco faltan descerebrados que dudan del Holocausto en general y de este episodio de vidas salvadas por Schindler en particular. Como muestra de la autenticidad del relato, la cinta termina con un desfile de los sobrevivientes de la lista que les permitió ser liberados, o sus familiares. Spielberg los convocó ante la tumba de Schindler, y a todo color (que contrasta con la lóbrega filmación en blanco y negro de la vida en la fábrica y el campo) dejaron su testimonio silencioso sobre aquel personaje y aquellos hechos.

Luego de ser Schindler, Liam Nelson protagonizó a otro gran personaje en una cinta dirigida por el irlandés Neil Jordan. Se trató de Michael Collins, uno de los líderes de la revolución que al cabo de muchos años pondría fin al dominio colonial inglés en Irlanda. Collins encabezó el levantamiento de 1916 y la lucha revolucionaria hasta que fue muerto en un atentado en 1922. La película de Jordan tiene un fuerte atractivo: la presencia de Julia Roberts, que siempre suscita toda suerte de emociones y sueños.

